

Los estadistas y legisladores que conservan el bárbaro espíritu de la ley de las Doce Tablas, que cuenta veintitantos siglos de legalización de la iniquidad, é incurriendo en contradicción flagrante, escriben en las constituciones democráticas de los Estados modernos derechos populares que se hallan en pugna con los Códigos civiles y que luego castigan los Códigos penales, cometen legalmente, además de un absurdo, un crimen; pero crimen de extensión y alcance incalculable, por el número inmenso de víctimas que produce.

El proletariado acusa á la actual civilización.

Si hoy existen parias que ante el progreso de las ciencias quedan anal-fabetos; que ante los progresos de la agricultura, de la industria y de la facilidad de cambios y transportes no tienen pan ni albergue; que ante el fausto y la insultante alegría de los que gozan han de sentirse poseídos de envidia, de odio y de rabia dando frutos fatalmente legítimos de tan deprimentes pasiones, ¡quién puede tirarles la primera piedra! No serán ciertamente los capitalistas que constituyen aquellas compañías marítimas, carrilanas ó mineras sobre cuya conciencia, por afán de lucro, pesan nau-

fragios, descarrilamientos ó explosiones de grisú, sin que legalmente pueda exigírseles responsabilidad; no serán tampoco aquellos propietarios, industriales y comerciantes que despojan al productor del fruto de su trabajo, cargándole además, como inquilino y como consumidor, con las enormes exacciones con que se paga el tributo y con que se forma la renta; ni menos aquellos gobernantes que, sobre tener á su cargo el estancamiento social, sostienen la paz armada y pueden declarar guerras que cuestan miles de vidas y ruinas y desastres incalculables; ni mucho menos aquellos políticos que con falsos programas embaucan electores á quienes encubren y dificultan cuanto pueden el progreso de la ciencia evolucionaria y revolucionaria.

Todo filósofo, todo científico, todo artista que no busque preferentemente la verdad, la bondad y la belleza en sus relaciones con la equidad como base fundamental de la sociedad humana, son servidores de la mentira, de la maldad y de la fealdad; son Judas que entregan la víctima desheredada por los treinta dineros que les paga el Sanhedrín de la usurpación propietario-capitalista.

ANSELMO LORENZO

El trabajo agradable

Cuando afirmamos que una sociedad manumitida del capital sabría hacer agradable el trabajo y suprimiría todo lo que hay en él de repugnante y malsano, se ríen de nosotros. Y sin embargo, hoy mismo pueden verse pasmosos progresos realizados en ese sentido; y en todas partes donde se han producido esos progresos, los patronos se han congratulado de la economía de fuerza obtenida de esa manera.

Es evidente que podría hacerse la fábrica tan sana y tan agradable como un laboratorio científico. No es menos evidente que habría gran ventaja en hacerlo. En una fábrica espaciosa y bien aireada es mejor el trabajo, se aplican allí con facilidad las pequeñas mejoras, cada una de las cuales representa una economía de tiempo y de mano de obra. Y si la mayor parte de las fábricas continúan siendo los lugares infectos y malsanos que cono-



Ponemos en conocimiento de los suscriptores y agentes que no hayan cancelado el recibo del 2º trimestre lo hagan á la mayor brevedad, pues de lo contrario, dejarán de recibir la revista.